

Reseñas

Maya-Ambía, Carlos. *Japón: el cansancio de una nación*. México, D.F, Universidad Nacional Autónoma de México”, 2021, 167 págs.

CARLOS ANDRÉS MEDINA HERNÁNDEZ



Japón: el cansancio de una nación, es un libro de Carlos Maya-Ambía publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México en el año 2021. Este estudio centra su interés en las razones del desvanecimiento, agotamiento o cansancio, que experimenta la sociedad japonesa en la actualidad. Por un lado, se consideran los fenómenos asociados al cansancio y el ocaso del “milagro japonés”, por otra parte, explora algunas soluciones que conduzcan a claves para salir de esa crisis (Maya-Ambía, 2021, pp. 12-17).

Maya-Ambía parte del diagnóstico planteado por el filósofo surcoreano Byung-Chul Han en *La sociedad del cansancio*, con el fin de sustentar la idea de que lo expuesto en esta obra es aplicable a la sociedad nipona. Siguiendo la ruta de Han, señala que el panorama patológico de Japón en la actualidad se debe a un exceso de *positividad*, esto es, “una enfermedad que el sujeto sufre” debido a la “*sobreabundancia de lo idéntico*”, es decir, “la superproducción, el superrendimiento y la supercomunicación”. El autor concluye que la obra del filósofo surcoreano se centra en “una sociedad del cansancio, del cansancio de la potencia positiva y que al final se vislumbra

la posibilidad de una sociedad articulada en torno al cansancio de una potencia negativa, del no hacer”. Sin embargo, recalca que Han no dice cómo podría pasarse de una sociedad del cansancio a una sociedad contemplativa del No hacer (pp. 18-24).

El camino japonés hacia la modernización, afirma el autor, determinó las razones por las cuales la sociedad nipona desembocó en “la sociedad cansada” de la actualidad. La modernización japonesa encuentra, a finales de la era Tokugawa, las industrias artesanales en áreas rurales, prácticas que sientan las bases de una industrialización que se completará a fines del siglo XIX. Adicionalmente, la Restauración Meiji determinó “el sistema de sucesión patrimonial, basado en la primogenitura” en detrimento de los demás hijos e hijas, y antiguos samuráis se integraron a una “eficiente estructura burocrática”. Estos aspectos determinarán la forma de sumisión de la sociedad y el cansancio de la actual, señala el autor. Bajo el lema de enriquecer la nación y las fuerzas armadas, la modernización tuvo programas “acompañados de duras condiciones laborales y altos costos ambientales” que se reforzó con relaciones verticales de poder y lealtades que se ajustaron a los objetivos nacionales, señala (pp. 25-29).

Maya afirma que la modernización japonesa, desde la perspectiva occidental, tiene unos supuestos que responden a una mirada “monocultural, no individualista, grupal y libre de conflictos”. Esta visión ha presentado la imagen de los japoneses “principalmente como miembros de una empresa, facción, camarilla”, en otras palabras, muestran un Japón cohesionado desde la perspectiva psicológica individual y social. En oposición a esto, el autor de *Japón* demuestra que este modelo monocultural ha sido cuestionado fuertemente, ya que en la actualidad se ha consolidado un modelo que refuerza la idea de la diversidad étnica. Una diversidad determinada por una estratificación en cuanto a los recursos, privilegios, poder, prestigio y conocimiento (30-37).

Las consecuencias heredadas de la modernización han llevado a que la sociedad japonesa experimente fenómenos como el suicidio. En el Japón moderno la tendencia de suicidio ha ido en aumento, con fluctuaciones, sobre todo en la última década del siglo XX y principios del XXI, afirma. Indica que las razones del suicidio en los hombres se deben a la depresión, los problemas económicos, esto, debido a estar atrapados entre dos generaciones: la autoritaria de sus padres (austera y fuerte), y, la de sus hijos más centrada en el yo (abierta e individualista). Por otra parte, la feminización del trabajo frustra a los hombres, ya que estos se sienten incapaces de desempeñar “el tradicional papel de proveedores de la familia”. El aumento

de suicidios entre 1998-2008 se relaciona, según el autor: “con el aumento del empleo precario” y a “la práctica de contratar jóvenes por cortos periodos” (pp. 38-54).

Lo anterior, ha generado un choque brutal en la juventud japonesa, pues, no encuentran estabilidad económica llevándolos al suicidio. Para las mujeres, el suicidio, sentencia el autor, es una forma de llamar la atención, por esto, antes de hacerlo acuden a sus familiares que las disuaden; en cuanto a los hombres, si son ancianos, y no cuentan con garantías económicas, prefieren, por orgullo, dejarse morir. También, los jóvenes y niños han “agotado su capacidad de resistencia”. Las razones se deben al acoso escolar, las altas exigencias escolares, problemas familiares y de salud. Los esfuerzos de conducir la educación a los logros capitalistas y “la atomización de la propia competencia” llevan a que ni jóvenes ni niños escapen al cansancio que les genera vivir en la sociedad japonesa, concreta.

En Japón, además del suicidio, tanto hombres como mujeres, sufren del *Karoshi*, esto es, una “racionalización radical del trabajo” que termina con la muerte. La tipificación de asalariados, que es una cuarta parte de la sociedad activa, se convirtió en el modelo de referencia de la población trabajadora. Esta tipificación permite maniobrar a los subordinados en “un elaborado sistema de arreglos informales”. Existen los trabajadores de cuello blanco, una minoría sectaria, selecta y cerrada; también, están los trabajadores de cuello azul, que constituyen la mayoría de la clase trabajadora, calificada o no, constituye el 60 % de la sociedad japonesa, sentencia Maya-Ambía. Los trabajadores de cuello azul “ven en su trabajo un medio de subsistencia y no como una forma de gratificación y satisfacción personales” (pp. 55-69).

Por otra parte, igualmente existe una estratificación entre los trabajadores regulares y no regulares cuya seguridad laboral es aún más débil: “Esto produce entre los trabajadores una existencia esquizofrénica”. La limitación de poder acceder a puestos de cuello blanco ha llevado a que jóvenes retrasen sus planes matrimoniales o no tengan hijos, prefiriendo vivir con sus padres, lo que ha ocasionado una disminución de la población nipona. Esta racionalización del trabajo ha generado altos costos humanos, aunque desde una perspectiva económica sea visto de manera positiva para el sistema capitalista. Entre los costos humanos están los horarios excesivos que conducen al *karoshi*, el *tanshin funin* (rotación lateral y diagonal de los puestos de trabajo), la precarización del trabajo, la introducción al modelo del rendimiento y la limitación de las demandas salariales. Por otra parte, el afán de los trabajadores de tener algún reconocimiento de sus superiores

conduce a que trabajen más tiempo por voluntad propia afectando su salud física y mental, señala Ambía (pp. 70-75).

Entre otros aspectos, en Japón existe una brecha considerable de género que evidencia una clara desigualdad en términos familiares, económicos, educacionales y políticos. Las razones tienen que ver con la estructura familiar *ie* (casa) y su sustento ideológico (machista). A las mujeres no se les permite desarrollarse plenamente, pues deben cumplir con una doble jornada (trabajo-hogar) lo que conduce al cansancio. Quienes han visto malograda su vida en el matrimonio deciden, en muchos casos, no divorciarse, pues dependen económicamente de sus maridos. Las que aguantan largos matrimonios fallidos, después de criar a los hijos, experimentar soledad y depresión, incluso llegan al suicidio, es por esto, que “están cansadas de ser mujeres a la japonesa”. Las que deciden no ser madres o esposas optan por trabajos en empresas, los cuales son remunerados de manera inequitativa respecto a los varones o son precarizadas en medias jornadas. Algunas experimentan acoso sexual y otras optan por la prostitución siendo reducidas “al placer y el entretenimiento de los hombres”. A pesar de los notables cambios introducidos en la segunda mitad del siglo XX, la posición social de la mujer no ha cambiado: “persiste la desigualdad, la discriminación y la doble jornada laboral”. A pesar de las leyes promulgadas se mantienen estructuras patriarcales —pues la estructura familiar heredada *ie* condena a la mujer a los cuidados de los niños y ancianos de su familia o esposo—, no son cumplidas y ejecutadas por los empleadores, tampoco es penalizada y es normalizada por la sociedad japonesa, alerta el autor (pp. 76-96).

La sociedad japonesa es androcéntrica, impone “cargas demasiado pesadas a algunos hombres”. Muchos japoneses, al no obtener un empleo de por vida o ascensos para mantener el hogar han optado por buscar salidas a su miseria. El autor señala que existen 6 respuestas para quienes no quieren seguir jugando el tradicional papel del “macho japonés”, estas son: 1. Retrasar el matrimonio; 2. Posponer tener hijos; 3. No hacer nada y ser mantenidos por su familia (ninis); 4. Hacerse *freeter* (libre), trabajan medio tiempo y son apoyados económicamente por sus padres; 5. Sustituir sus relaciones con muñecas de vinilos, pues, son social y psicológicamente cerrados a involucrarse emocionalmente o expresar sus sentimientos; 6. Dar la espalda a la sociedad y recluirse en sus recámaras y ser mantenidos por sus padres (*hikikomori*). De igual manera, otro elemento es la aparición de nuevas masculinidades: los *soshokukei-danshi* (chicos herbívoros), cansados del trabajo pesado y la competencia, solo aspiran el confort doméstico; los *Otaku* (maniáticos o fetichistas); y, los *neonacionalistas* que ven en Japón

su hogar y lo defienden de manera agresiva y excluyente para con los países vecinos o los extranjeros (pp. 97-71).

El *hikikomori* es un fenómeno que comenzó a surgir en gran escala en la década de los noventa, cuando Japón empezó a experimentar un estancamiento, “con reducción de personal, precarización laboral y largas jornadas laborales”. También, debido a la alta competitividad y la rigidez del sistema japonés. Este fenómeno ya se ha extendido a países como Perú, Chile, México, Colombia y Venezuela, afirma el autor. Es considerada tanto una enfermedad mental como una enfermedad social “relacionada con un eterno reto para insertarse en la sociedad real, no en la imaginada o deseada”. En Japón empeoró con las condiciones laborales derivadas de las políticas neoliberales. Psicológicamente los *hikikomori* “no eligen morir sino rechazar todo aquello que causa sufrimiento”. Tras la globalización ha surgido un nuevo tipo de *hikikomori* “cuyas actividades y existencia gira en torno al mundo virtual” invirtiendo su tiempo en internet y juegos en línea, concreta (pp. 102-109).

La reclusión de los *hikikomori* responde al cansancio de la sociedad japonesa. El aislamiento “les ofrece un descanso adecuado y necesario”. Estos experimentan una dicotomía dentro-fuera, en relación con todas las esferas de la sociedad, en donde todo lo relacionado con el afuera se relaciona con lo sucio y peligroso. Al sentirse seguros en casa, manifiestan una regresión infantil, su madre les alchahuetea y en muchos casos se presenta violencia doméstica contra la madre. Como el padre está ausente, y representa el papel hegemónico masculino, refuerza el aislamiento. También, existe la variante *hikikomori* que no consiste en apartarse, sino desaparecer de ella. Esta actitud se conoce como *johatsu*, esto es, “gente evaporada”, en otras palabras, personas que toman la decisión de desaparecer, ya sea por fracasos, deudas impagables; incluso empresas se dedican a esas actividades o se especializa en “limpiar” identidades, alerta el autor (pp. 109-112).

Por otra parte, aparece en Japón la cultura *otaku*. Es otra forma de rechazo a la sociedad japonesa actual tras la masculinidad hegemónica, sin acabar en el suicidio o el enclaustramiento total. La cultura *otaku* surge tras el *boom* del manga y el anime. Estas personas interactúan solo entre ellas, prefieren los paseos nocturnos cuando todo está en silencio, se ubican en lugares imaginarios, “bien sea en el ciberespacio” o en “cafés internet para diluir todo compromiso con personas reales”. Están ansiosos por obtener productos de su obsesión. Aunque sean unos fracasados en el sistema capitalista actual son la base fundamental en la economía neoliberal, pues entre sus actividades están las relacionadas con la adquisición y colección

de productos tales como cómics, mangas computadores, teléfonos móviles, etcétera. En otras palabras, los *otaku* rechazan establecer relaciones con personas no *otaku* “pero no rechazan el consumismo propio la sociedad capitalista avanzada. Los *otakus* no están cansados del sistema por completo sino de algunos aspectos. Gracias a su manejo de las tecnologías vienen a ser la fuerza del trabajo ideal para el capitalismo del siglo XXI” (pp. 113-116).

El cansancio también está determinado por la soledad y la abnegación. Respecto a la soledad, Maya-Ambía, con base en datos publicados en el 2018, revela que el 34.6 % de los hogares en Japón son unipersonales y que esta cifra irá en aumento hasta alcanzar el 40 % en el 2040. Por un lado, continúa, evaluar la soledad implica analizar el papel de hombres con empleo informal para quienes tener pareja es un lujo. También, hay que evaluar la existencia de población anciana con una existencia aislada —que incluye personas eternamente solteras que representan el 23 % de los hombres y el 14 % de las mujeres. Este estudio indica que uno de cada tres japoneses vive sin un compañero humano. De esta manera, el sentimiento de “soledad es la falta de sentido de pertenencia algún lugar o espacio donde sentirse cómodo”, es decir, “no una casa sino un hogar en sentido emocional un lugar deseable para volver en algún momento”. Por otra parte, la abnegación es un rasgo constitutivo heredado en la cultura japonesa: “se trata de privilegiar la colectividad antes que la individualidad”. En conclusión, soledad y admiración vienen a complementar el cansancio de mujeres, hombres, jóvenes y niños (pp. 117-131).

Finalmente, el autor de *Japón...* propone “volver a las raíces fundamentales de la cultura japonesa”, que, “tras la injerencia del mundo occidental”. Para combatir ese “cansancio aplastante”, Maya destaca que mediante el budismo los japoneses pueden alcanzar la paz. A propósito de Han, señala que el filósofo surcoreano, afirma que se debe “recuperar la capacidad contemplativa”, “la pedagogía del mirar mediante una potencia de no hacer que está vinculada con la meditación zen en su búsqueda del vacío”. Entre los caminos posibles para superar el cansancio, Maya subraya los siguientes: 1. “El camino de la pintura”, esto es, la pintura *Sumi-e* del periodo Muromachi “en este tipo de pintura lo relevante no es únicamente lo que se pinta sino lo que no se pinta, es decir, los espacios vacíos entre los trazos, en otras palabras, lo no-pintado contribuye a dar mayor profundidad al mensaje transmitido”. 2. “El camino de las flores”, aprender “del uso del espacio visible, así como el indivisible” de las prácticas tradicionales japonesas, esta es, el *ikebana*, que se “relaciona con la cultura zen”. Llevar esta práctica a la vida diaria de las personas, la comida, la medicina, contribuye

a disfrutar de una vida más saludable. Además, el *ikebana* tiene “efectos positivos sobre la ansiedad y el ritmo respiratorio aumentando la sensación de bienestar”. 3. “El camino del té”. La inclusión de esta ceremonia, señala Ambía, conviviendo con las anteriores prácticas, conduce a aproximarse a una actitud contemplativa de la naturaleza, “valorarla e integrada a la vida cotidiana” —concluye el autor a propósito de J. Yamamoto (2015)—, que “el primer paso para reconstruir la sociedad japonesa (...) es desarrollar los lazos sociales con base en lo local y en la colaboración y la solidaridad” (pp. 132-146).

En “Consideraciones (cuasi) finales”, el autor concreta algunas diferencias con el pensamiento del filósofo surcoreano Byung-Chul Han. La primera, que Han considera que en la sociedad moderna la explotación es autoimpuesta por la misma persona, y, que el rendimiento viene impulsado por ellos mismos y no por coacciones externas. Segundo, en el tocante a “la desaceleración”. El autor sostiene, que el *slow movement*, “puede contribuir a superar la sociedad del cansancio”. Además de su afirmación frente a las tradiciones de la vida contemplativa que reconstruya el núcleo familiar de la sociedad japonesa. Maya considera y guarda la esperanza de que Japón, en “algún momento, él mismo encontrará cómo salir del abismo actual y demostrará, como lo ha hecho frente a otras catástrofes, ingenio, talento inteligencia y voluntad para crear una sociedad diferente humana y ecológicamente deseable” (pp. 147-154).